GT 22: Cuidado de sí, inquietud de sí y estética de la existencia: aportes a la educación

La actualidad del pensamiento de Spinoza: los milagros

Ángela de Sosa

Licenciada en Ciencias de la Educación. Maestra Especializada.

angeladesosa@gmail.com

Máximo Núñez

Estudiante avanzado de la Licenciatura en Ciencias de la Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

maximonunez.uy@gmail.com

> *El vulgo llama milagros a los fenómenos extraordinarios de la naturaleza, es decir, obras de Dios; y ya por devoción, ya por antipatía a los naturalistas, se complace en la ignorancia de las causas, y no quiere oír hablar de lo que admira, es decir, de lo que ignora.*
>
> Spinoza: 1994: 169

Este artículo es el inicio de una investigación que puede transformarse en la tesis de una maestría, y es reconocer la actualidad del libre pensamiento de la obra de Spinoza en el siglo XXI, un autor que polemizó en su época, fue expulsado de su comunidad judía, pero que aun hoy despierta gran interés a los que defendemos el libre pensar y que creemos que es posible preocuparse por un humanismo ético y político; preocupación que deriva y es la resultante del cuidado y la inquietud de sí y de los otros.

En este estudio, se hará referencia a un capítulo del *Tratado Teológico Político* publicado en 1670, y su concepción de los milagros como fuente de manipulación y poder, que se ubica claramente en la tradición de la preocupación a la cual se hace mención anteriormente, en el entendido de que para cuidarnos hay que aprender a hacer uso de la buena razonar para no ser burlados y así emanciparse.

Spinoza aboga por una sociedad en la que sea posible que los seres humanos logren el mayor conocimiento posible, la mayor seguridad y así la felicidad, a través del reconocimiento de que todo se sigue del orden eterno y necesario de la naturaleza, eliminando con ello toda forma de superstición y de irracionalidad. Dentro de este intento, merece una atención especial el estudio spinozista del milagro, acontecimiento esencial para las grandes religiones proféticas.

El capítulo VI de este Tratado, esta titulado «De los milagros», y en él, Spinoza nos presenta su posición de manera clara y bien estructurada sobre su concepción racionalista de estos acontecimientos.

En este artículo se abordan: primeramente la cuestión de qué es el milagro y cómo no ocurre nada contrario al orden natural; para luego abordar al conocimiento de la esencia y existencia de Dios e intentará analizar que se conoce mejor a través del sistema de la naturaleza que recurriendo a explicaciones milagrosas.

El milagro durante todas las épocas, es utilizado para beneficio de un alguien, como reitera Spinoza en varias ocasiones: «ese acontecimiento es para él (hombre) ocasión de una ganancia o beneficio». Spinoza se refiere al pueblo judío pero nosotros lo hacemos extensivo a todos aquellos que intentan manipular al pueblo y usan a los milagros como poder de convicción, manipulación y poder político como lo demuestra en su Tratado el filosofo holandés.

En el Capítulo VI, de la obra que compete a este estudio, el autor pretende demostrar de una manera clara y metódica, influencia de Descartes, su posición sobre *los milagros*. Para esto, se logrará explicitar más adelante, su uso de un racionalismo cartesiano, donde siguiendo cuatro principios bien explícitos, llega a una conclusión muy clara sobre la temática en cuestión.

Expresa Spinoza:

> El vulgo, (…), cree que el poder y la providencia de dios no están nunca tan patentes como cuando ve que sucede en la naturaleza algo insólito y opuesto a la opinión que sobre ella ha recibido, especialmente si ello redunda en provecho y comodidad propia (Spinoza 1994: 168).

Siguiendo un estilo muy racional y casi matemático, desde el primer momento del capítulo, Spinoza se introduce de lleno a un problema muy interesante y a la vez de difícil comprensión y es la cuestión de la providencia y de la obra divina que se denominará *milagro*. Este es un hecho que supera la comprensión humana, fundándose así la *superstición*. Desde este punto, podemos explicitar la disconformidad del autor con la idea de cómo se vive tal providencia; pues la misma no es el fundamento para la explicación de las leyes naturales, pues se puede apreciar que lo divino no es meramente trascendente, sino más bien parte de lo inmanente; pudiéndose denominar a estas manifestaciones habituales como ciencia de la naturaleza.

Una segunda noción que atraviesa todo el capítulo y gran parte del Tratado, es la concepción de *vulgo* que puede apreciarse como despectiva, y en cierta medida, su estudio sobre los milagros surge a partir de la opinión que el vulgo tiene de estos. Se aprecia a un vulgo negativo, ignorante y falto de la luz que se desprende de la sabiduría y entendimiento. La ignorancia, es motivo de orgullo para estos hombres vulgares, ordinarios, y así se funda una idea incierta de Dios.

> De ahí que el vulgo llama milagros u obras de Dios a las obras insólitas de la naturaleza; y, en parte por devoción, en parte por deseos de oponerse a aquellos que cultivan las ciencias naturales, se gloría de ignorar las causas naturales y sólo quiere oír lo que ignora y, por tanto, lo que admira. (Spinoza 1994: 169)

De esto se desprende que, este tipo de imaginación es propia de ese hombre, y mediante esta, las creencias de este vulgo se vuelven irracionales y fantasiosas, separando la idea de Dios de la naturaleza.

> Y es que el vulgo sólo puede adorar a Dios y referir todas las cosas a su dominio y su voluntad, suprimiendo las causas naturales e imaginando las cosas fuera del orden y la naturaleza y nunca admira más el poder de Dios, que cuando imagina el poder de la naturaleza como sometido por Dios. (Spinoza 1994: 169)

Y esto se complementa, de manera enfática, con la manera despectiva en que Spinoza concibe universalmente vulgo:

> ¡A qué no se atreverá la estupidez del vulgo, cuando no tiene ningún concepto sano, ni sobre Dios ni sobre la naturaleza, confunde los designios de Dios con los de los hombres y finge, finalmente, la naturaleza tan limitada, que cree que el hombre es su parte principal! (Spinoza 1994: 170)

Cabe preguntarse: ¿existe en el autor una concepción elitista de Dios? ¿O el hombre separa, racionalmente, a un dios defensor de la intelectualidad o condenador de la vulgaridad? Estas interrogantes estarán presentes durante la obra spinoziana; y el autor intenta en este capítulo, de forma precisa y ordenada, acercarnos a posibles respuestas, intentando demostrar los siguientes principios:

> 1º (…) nada ocurre contra en orden natural y que sigue sin interrupción su curso eterno e inmutable: explicaré al mismo tiempo que debe entenderse por milagro. 2ºdemostraré que no son los milagros los que pueden darnos a conocer la esencia y existencia de Dios ni, por tanto su providencia, sino que todo esto se percibe mucho mejor por el orden fijo e inmutable de la naturaleza. 3º Probaré con ejemplos de las Escrituras (…) que la providencia de Dios no es más que el orden eterno e inmutable de la naturaleza. 4º Trataré finalmente del modo de interpretar los milagros de la Escritura (…) (Spinoza 1994: 170)

En el punto 1º, aparece la idea que Spinoza trabaja en el capítulo IV del tratado que venimos estudiando; sobre la Ley Divina, «esta Ley depende de una necesidad natural (…)» (Spinoza 1994: 135). Con esta afirmación del autor podemos enfatizar que, la Ley Divina corresponde al orden natural; por lo tanto nada ocurre fuera de este orden «(…) como nada es necesariamente verdadero sino por decreto divino, es evidente que las leyes universales de la naturaleza son los decretos mismos de Dios que necesariamente resultan de la perfección de la naturaleza divina» (Spinoza 1994: 171) Ergo, «el poder de la naturaleza es el mismo poder y virtud de Dios» (Spinoza 1994: 171). Esto conduce al cuestionamiento de la existencia de los milagros. ¿Es posible considerar al milagro como parte de la naturaleza? Frente a esta interrogante que se ha planteado, Spinoza dirá que no, porque

> milagro es aquello cuya causa no puede ser explicada por los principios de las cosas naturales conocidos por la luz natural. (…) Los milagros fueron hechos según la capacidad del vulgo, el cual ignora completamente los principios de las cosas naturales. (Spinoza 1994: 172).

El problema central de este punto es la existencia o no de los milagros en la naturaleza, lo que podríamos llamar, cartesianamente, causa-efecto; suponiendo una crítica ontológica del milagro. Lo que quiere decir el autor comprende algo finito, limitado, frente a la esencia de Dios, que se desprende lo infinito e ilimitado teniendo que contener en sí toda la realidad; realidad que no puede ser totalizada desde los milagros. En esto se basa el autor al decir, «no cabe dudas por tanto, de que en las Sagradas Escrituras se narran muchas cosas con milagros, cuyas causa pueden ser

fácilmente explicadas por principios conocidos de las cosas naturales» (Spinoza 1994: 172).

En el 2º punto el autor ahonda más en que los milagros no perteneces al orden natural y no pueden probar la existencia de Dios:

> los milagros no nos hacen comprender en manera alguna la esencia, la existencia ni la providencia de Dios, sino que al contrario, todas esas verdades se nos han manifestado con mayor claridad por el orden fijo e inmutable de la naturaleza (Spinoza 1994: 173).

La clave de este pensamiento es comprobar que los milagros no forman parte del orden natural. Este punto resulta ser el quid para poder entender que el concepto de Dios, necesariamente, es relevante para la explicación de la realidad. Pues Spinoza parte de este concepto para poder explicar la realidad, esto se desprende de la existencia autónoma de Dios, éste es un ser que existe por sí mismo.

En este punto se retoma la idea de lo finito del milagro y de lo infinito en relación a la idea de Dios y naturaleza: «un milagro no expresa más que un poder limitado porque no es más que una cosa limitada también, es imposible remontarse de un efecto de esta naturaleza a la existencia de una cosa infinitamente poderosa» (Spinoza 1994: 176).

Y más adelante agrega:

> el milagro ya sea contra la naturaleza, ya sea sobre la naturaleza, es un puro absurdo, y que, por consiguiente, en las sagradas escrituras no se puede entender por milagro nada más que una obra de la naturaleza, que como dijimos, supera o se cree superar la capacidad humana (Spinoza 1994: 177).

Como ya se hiciera mención anteriormente, en el punto 3º, Spinoza intenta demostrar con ejemplos de las Escrituras que la providencia de Dios no es más que el orden eterno e inmutable de la naturaleza. «Todo lo que se dice en la Escritura que sucedió realmente, sucedió necesariamente como todas las cosas, según las leyes de la naturaleza» (Spinoza 1994: 183). Por tanto, un primer corolario en este punto es que, la naturaleza es obra de Dios y lo que sucede en ella está en armonio con él; «todo lo que se verifica por causas naturales, obedece al poder y voluntad de Dios solamente» (Spinoza 1994: 181), pues la naturaleza no es el poder de Dios sino el reflejo de su poder mismo, entendiendo entonces que, naturaleza y Dios son lo mismo, de donde se desprende que el conocimiento de uno nos lleva al conocimiento de lo otro, necesariamente.

Y por último, en este punto, se puede apreciar una concepción inherente de Dios y la naturaleza,

> la escritura no se propone explicar las cosas por causas naturales, sino únicamente hacer un cuadro de los hechos que más impresionan a la imaginación, y presentarlos narrados con el orden y estilos más admirables, y que excitan al vulgo a la devoción (Spinoza 1994: 182).

Utilizando algo que en la actualidad sería la teoría del absurdo, intenta afirmar que el milagro no nos aporta información sobre Dios, y en esto también está presente la naturaleza, ya que Dios y naturaleza son una misma cosa; entenderlo de otra manera será absurdo e irracional: «todo lo que es contra la naturaleza es contra la razón, y lo que es contra la razón, es absurdo y por lo mismo también debe ser rechazado» (Spinoza 1994: 183).

El último punto, del modo de interpretar los milagros de la Escritura, Spinoza nos ilustra ampliamente con ejemplos de relatos bíblicos, que son utilizados para conseguir una adecuada interpretación de los milagros; «con ello pretendo conseguir que nadie, por interpretar mal algún milagro, sospeche temerariamente que ha encontrado algo en la Escritura que repugna a la luz natural.» (Spinoza 1994: 184).

La exposición de los puntos anteriores, permite presentar, a modo de conclusión, las siguientes ideas:

- la naturaleza, al ser del orden de Dios, se encuentra divinizada, infinita, como el mismo creador; se habla de una naturaleza que tiene las mismas características de Dios, no es finita ni tampoco imperfecta. Así, las leyes de la naturaleza son decretos divinos, por lo tanto, eternas, fijas e inmutables, lo que nos lleva a una determinada concepción de la naturaleza, como realidad equilibrada y ordenada.
- Dios no puede autosuperarse. Esta premisa se desprende de la inherencia naturaleza-Dios. Por lo tanto, los milagros no pueden superar aquello que caracteriza a Dios mismo, a saber, la infinitud.
- destacar es que «los milagros sólo aparecerán como algo nuevo a consecuencia de la ignorancia de los hombres» (Spinoza 1994: 189). De aquí se sigue que la razón es el fundamento que permite diferenciar a los hombres de las vivencias que caracterizan al vulgo; pues ha de marcarse este uso dentro de la esfera de la utilidad. Además, la vivencia exclusiva de los milagros limitará el conocimiento sobre Dios.

Para ir finalizando este trabajo, nos distanciaremos del texto y lo relacionaremos con el «cuidado de sí» e «inquietud de sí», que responde al mandato délfico del «conócete a ti mismo».

Lo primero que se puede afirmar es que, los milagros son fuente de poder y manipulación. No se puede obviar que los milagros están presentes en la mayoría de las religiones, siendo algo necesario tanto para éstas, como para los fieles, que necesitan de esto hechos extraordinarios para afianzar su fe. Frente a esto, Spinoza, si bien no pertenece al ateísmo (como lo expone en sus cartas a H. Oldenburg) propone una concepción atípica; una religión presente en el interior del hombre, de todo sujeto, es algo «natural» y esto nos acerca al pensamiento del último Foucault, donde la esencia radica en descubrir al hombre que inquietándose sobre sí y conociéndose a sí mismo, va develando su esencia, sin necesidad de poseer atributos poco racionales; conocerse es una actitud que se desempeña al correr de la vida, y no necesariamente el hombre se conoce a sí mismo por medio de vivencias extraordinarias y cargadas de fantasía.

Por medio de Foucault, se puede apreciar que el conocimiento de sí, implica un adentrarse a un camino de «salvación», «purificación», «de verdad» contraria a la forma religiosa «referida a un sistema binario, a una dramaticidad del acontecer, (…)» (Foucault: 2009, 184)

Cabe cuestionarse cuáles son las medios que se plantean para llegar a un camino de «verdad». «Verdad» que pensando en un conocimiento de conocimiento e inquietud de sí, nos lleva a hacernos la pregunta de cómo razonar bien para considerar un método apropiado que nos embarque en interrogantes que habiliten a ese caminar. Este hecho de «menospreciar» o «poner en tela de juicio» a la manifestación de los milagros, no es otra forma más que buscar las situaciones en la que todo sujeto debiera sucederse. Atrevernos a preguntarnos, junto a Foucault, «¿en qué y cómo debo transformar mi ser mismo de sujeto? ¿Qué condiciones debo imponerle para tener acceso a la verdad (…)?» (Foucault: 2008: 41) Si estas han de ser interrogantes que respondan al orden espiritual, entonces bien podríamos tomarlas para encauzar una posible reflexión en torno a nuestro tema de estudio.

Pensar cuestiones del sujeto que relacionado a una esencia de conocimiento y espiritualidad no limiten esa exploración de lo que se quiere trazar.

Partiendo de esta idea nos surge la interrogante ¿se pude decir que Spinoza plantea un cuidado de si, al recomendar no dejarse engañar y manipular por las religiones? Creemos que la respuesta puede ser afirmativa, ya que la sujeción significa heteronimia, es decir, cuando la voluntad no está determinada por razón del sujeto, sino por lo ajeno a ella, no pensar con cabeza propia. Cuidase de sí, seria aprender a razonar y buscar las respuestas en la razón misma, con autonomía de pensamiento.

El hecho de vivir asociando la existencia a los milagros, relativizaría o limitaría el acceso a la verdad frente a lo que es, y necesariamente se manifiesta en la realidad;

además de limitar el autonocimiento, negando ese acceso a la verdad. Por este medio, es claro que el ser racional es una forma de vida en Spinoza. Razón que permite la excelencia de los hombres en sociedad, apostando a la defensa de la libertad del filosofar y expresar lo que pensamos, diría el autor del que nos ocupamos. Esta forma de vida, vivir filosóficamente que relaciona Spinoza con Foucault, permite que la inquietud y el conocimiento de sí, se exprese como poder de existencia, demostrando de esta manera que es posible vivir en concordancia con los demás, potencia esa libertad que permite ser y vivir en felicidad; resultante de la buena razón que se expresa por medio de la naturaleza.

Es menester destacar entonces la relación de los milagros con el cuidado de sí, nociones que parten fundamentalmente para demostrar que la esencia de este pensamiento es una posición de cómo se establece cada sujeto en la manera de vivir. El cómo se vive, demuestra la actitud de sujeto que se va construyendo. Es una mirada frente a la razón que, intentando establecerse dentro de parámetros medibles, implica un ejercicio de lo que se anhela constructivo. El ocuparse de sí mismo implica un bien pensar, un bien razonar, implica acciones que demuestran purificación, modificación y desestructura de lo que antes podía no establecerse como claro. Frente a esto, resulta interesante observar como Spinoza le otorgaría, a los milagros, características que se alejan de estas apreciaciones

La búsqueda incesante, la búsqueda desde la crítica y discernimiento interior hace que todo hombre viva momentos de reflexión, autoconocimiento y ascesis que se manejan desde la cotidianeidad, desde una atención hacia aquello que transforma; y la naturaleza es la base primordial de este proceso. Seguramente, desde la perspectiva de Spinoza, no se goza de esto alejado de la racionalidad. Si el inquietarse y conocerse a sí mismo es aquello que se puede apreciar en la historia de cada sujeto, que se puede vislumbrar y develar en las esencias de aquello que se quiere plasmar en una historicidad que se hace colectiva, seguramente la afinidad con aquellas vivencias fantasiosas y poco racionales, alejen al hombre de su eje primordial: humanizarse desde la historia.

Bibliografía

Foucault, M. (2008). *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collége de France (1981-1982)*. Fondo de Cultura Económica. Bs. As: 15 - 54

Spinoza, B. (1994). *Tratado teológico-político*. Altaya. Barcelona.